



ANTONIO MORENO

METROPOLIS Por Enrique Murillo

Están como cabras

A los barceloneses les ha entrado de repente una pasión desbordada por las cabras. Cada noche, desde hace un mes y pico, llenan el Teatre Romea, y todo es por el asunto de las cabras, que trae cola. Bueno, cola y cuernos, como es de todos bien sabido. En realidad, el que está loco por una cabra es Josep Maria Pou, que se volvió loco por *La cabra o qui és Sylvia* cuando la vio representar en Broadway, y ahora la ha traído a su ciudad en catalán.

A mí Pou me resulta especialmente querido porque es un monstruo, uno de los pocos actores teatrales españoles que entendió la poética de mi amigo Javier Tomeo, e hizo tres *tomeos* seguidos del 89 al 93 ó 94 si no recuerdo mal. Pou, que ya era un monstruo teatral, se hizo monstruo amado, y de ese personaje de Tomeo se le ha quedado algo en la piel teatral, y esa impregnación le ha

dado una dimensión adicional a su extraordinaria presencia sobre las tablas.

El original es de Edward Albee, el de *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, aquella obra de teatro que fue adaptada al cine por Mike Nichols con Liz Taylor y Richard Burton. Su diálogo es fluido, raudito, intencionado, con una habilidad extrema para la réplica y la contraréplica, con catarsis en estado puro, y mucho humor. Albee, que según he leído tiene escondidos en un armario los tres Pulitzer que ha obtenido a lo largo de su prolongada carrera teatral, volvió con esta obra a Broadway después de muchísimos años sin poder permitírselo.

No porque no escribiera, sino porque el negocio teatral de esa avenida neoyorquina funciona en unos niveles de presupuesto y taquilla que no dan para según qué. Pero esta vez la cosa iba de cuernos y cabras. Hubo productores que se atrevieron, y triunfó en el gran

escaparate neoyorquino.

Pou actúa, pero también produce y dirige el montaje de la historia de Martin, un arquitecto *felizmente casado* y al que todo le va bien, como dice el tópico, y con un hijo gay, cosa que el tópico suele excluir. Pues bien, resulta que el arquitecto se enamora de una cabra. Con la cabra hay sexo, pero luego llega el amor, y tenemos a una esposa que sabe que el marido le pone cuernos con una cabra, y un hijo gay que se entera de que su padre es un desviado. Ahí es nada. «No es una cabra mitológica ni un símbolo de un hombre», he leído que dice Albee a los que le buscan tres pies a la cabra, o que creen que la cabra estaba antes en un armario o cosas así. Y es que Albee ha logrado esa escritura teatral perfecta que hace que en el escenario la cabra sea una cabra y nada más que una cabra. Podría ser, por supuesto, cualquier objeto amoroso prohibido, pues de eso va la obra.

Pou está magnífico siendo ese arquitecto que, en defensa de la tolerancia, trata de explicar y, sobre todo, de explicarse a sí mismo, cómo es posible que le haya ocurrido lo que le ha ocurrido. Pou, que con esta función ha vuelto a hacer méritos para que le den otra vez un premio importante, está muy puesto en su interpretación del hombre que quiere entender con la razón lo que es pura sinrazón. Aunque se da cuenta, también, de que es una sinrazón sobre todo porque está prohibido. Y acaba concluyendo que tal vez lo irracional no sea el amor auténtico, sino el tabú. A los barceloneses les gusta presumir de tolerantes. Tienen un buen reto en el escenario del Romea. Y el privilegio de que quien les reta es el grandísimo, en estatura artística más incluso que física, Josep Maria Pou, el *noi de Mollet*.

Los barceloneses llenan desde hace un tiempo cada noche el Teatre Romea.